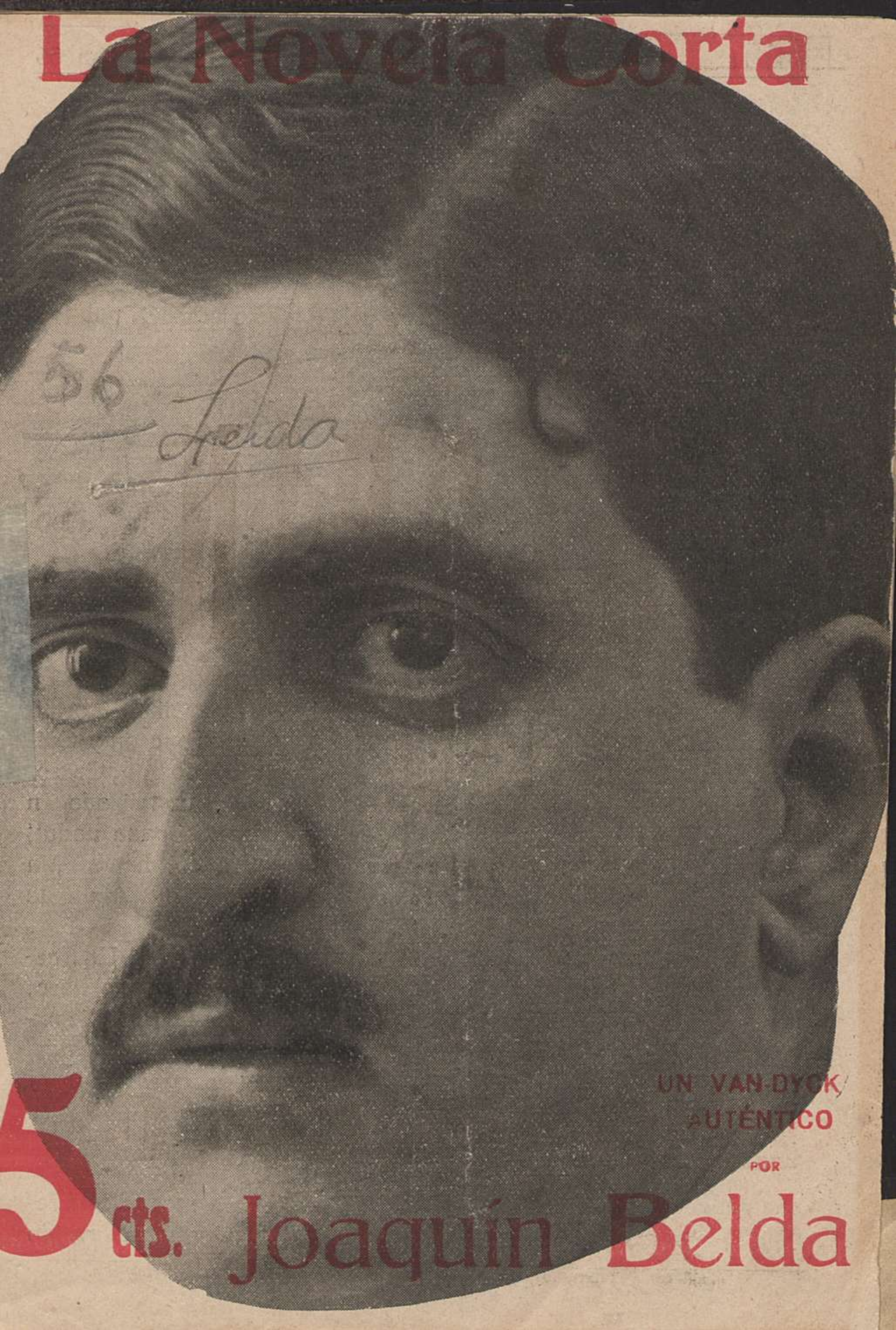


La Novela Corta



56

Belda

UN VAN-DYCK/
AUTÉNTICO

FOR

5

cts.

Joaquín Belda



La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Fundador y Director: José de Urquía

El sábado próximo, en NÚMERO EXTRAORDINARIO, publicaremos LOS PUEBLOS del ilustre maestro

AZORÍN

En LOS PUEBLOS, AZORÍN, no pinta esa España decorativa de "El So'itario", ni esa España heroica de Espronceda y Calderón, ni esa otra España de pauperada y trágica de los de Greco, Costa y Zuloaga. No. La España de AZORÍN, cristalizada en LOS PUEBLOS, en "serena, diáfana, en la que no pasa nada" en la que los hombres vegetan mansamente, sin que el hambre, la codicia de los gobernantes, el atraso del país, la íntima tragedia de los seres y las cosas, altere su fatal ecuanimidad.

Sus capítulos: La Fiesta.-Sarrió.-Los toros.-Una elegía.-Un traspasador.-La velada.-Epílogo en 1960; entre otros de este libro, tan sincero, tan personal, tan admirable, son verdaderamente extraordinarios, no sólo por su intensidad, sino también por su poesía.

LOS PUEBLOS

que publicará LA NOVELA CORTA, la próxima semana, está reputada como una de las más interesantes obras del esclarecido maestro AZORÍN.

CB 1535822

DAU
16925

tit. 98713



UN VAN-DYCK

AUTENTICO

NOVELA INÉDITA

POR

JOAQUÍN BELDA

Dos golpecitos sonaron en la puerta de la habitación, y la voz de Concha la doncella dejóse oír tras ellos:

—Señorito... Señorito... que son las ocho.

La llamada surtió el mismo efecto que si se hubiese formulado en el dintel de una isla desierta; nadie contestó. La muchacha creyóse en el caso de repetir, cosa a la que era muy aficionada.

—Señorito... don Zamudio... que han dado ya las ocho...

Zamudio Fernández experimentó en aquel momento la sen-

sación exacta de la resurrección; caído en el lecho la madrugada anterior como en una tumba, volvía ahora a la vida con todo el aparato que una vuelta de tal trascendencia exige.

Haciendo esfuerzos para abrir la boca y articular unos berridos, preguntó a la que llamaba, con voz que parecía salir de un cántaro:

—¿Qué dices?

—Que son las ocho, señorito...

—¿De la mañana, o de la noche?

—Vamos, levántese, que se le hace tarde... Luego no diga que no le he llamado...

—Mira, oye; si notas que dan las doce y no he salido del cuarto me vuelves a llamar.

—Como usted diga...

Aún esperó un poco la chica al otro lado de la puerta, pero viendo que nada más le decían, optó por marcharse a su cuarto, a terminar de peinarse. ¡Qué raro! Contra la costumbre casi diaria, el señorito Zamudio no la había invitado a entrar.

Claro que, el pretexto para esas entradas, era el de abrirle las maderas del balcón, y como hoy, por lo visto, pensaba seguir durmiendo, holgaba tal apertura; pero ella y él sabían muy bien que aquéllo no era más que un pretexto...

Zamudio volvióse en el lecho, no sin cierta dificultad, y apretando los ojos, trató de quedarse dormido otra vez. No le fue fácil al principio sumirse de nuevo en la tumba de donde acababa de salir al conjuro de la voz de Concha; tenía el cuerpo dolorido, como quebrado, y en las sienes como una corona de hierro que le apretase con intermitencias; pero la mayor molestia la experimentaba en la boca, con una sensación pastosa y seca a un tiempo, que le hizo arrojarse sobre la botellita de cristal que había en la mesa de noche y beberse de un trago casi todo el contenido.

Quiso recordar episodios de la noche anterior, y la memoria se negó a servirle. ¿A qué hora se había acostado? ¿Qué había hecho a la salida del *Infanta Isabel*, donde había visto repre-

sentar—de esto se acordaba muy bien—: un drama noruego contra el alcohol?

Como entre brumas, a retazos que se borraban del campo imaginativo tan pronto como aparecían en él, recordaba algo que le producía cierto espanto: él estaba allí, en su habitación de la casa de huéspedes de doña Ramona Anabitarte, situada en el cuarto piso de un inmueble de la plaza del Angel; eso no podía dudarlo, pero lo que tampoco podía dudar, de lo que estaba completamente seguro, era de que él, Zamudio Fernández, estudiante del cuarto año de Derecho, no había subido las escaleras de aquella casa, en la noche anterior, para trasladarse desde la calle a su habitación.

¿Qué enigma era éste? ¿Habría subido por el balcón, empujado por un poder brujo?... ¿Estaría él mismo embrujado?... Pensó en Egard Póe, cuyas obras estaba leyéndose por aquellos días en la clase de Procedimientos judiciales; se acordó de una película que había visto noches antes en *La Flor*, y en la cual, un señor que había de acudir a una cita que otro le había dado para renovar un pagaré, no hallaba medio más cómodo de penetrar en el hotel donde era la reunión, que pilotar un hidroavión y meterse con él en el edificio por uno de los amplios ventanales del *hall*.

Pero Zamudio no recordaba haber apelado a tamaño medio de locomoción y suicidio. Y, sin embargo, estaba allí, en su cuarto, después de haber estado horas antes en la calle, que era como ascender de sargento a general en una sola noche, y aseguraba ¡con plena y absoluta evidencia! que sus pies no habían pisado los sesenta y ocho escalones de madera que de ordinario le servían para la operación. Lo que es en esto, pondría la mano en el fuego sin temor de achicharrársela.

Poco a poco las brumas fueron descorriéndose, y el misterio aclarándose; recordaba ahora haber paseado en coche por algunas calles céntricas de Madrid, en compañía de tres amigos; también se iba acordando de que en el coche él no adoptaba la postura habitual en todo ser humano que ocupa un vehículo, sino que iba tumbado sobre la capota y con una buena par-

fe del cuerpo suspendida en el espacio. De cuando en cuando, un impulso interior, imperioso, como un remordimiento, le obligaba a abrir la boca y arrojar sobre el pavimento de las calles algo que poco antes ocupaba lugar predilecto dentro de su organismo.

Así habían llegado hasta la puerta de su casa; había, no obstante, que rechazar la idea de que el coche mismo le hubiera subido al cuarto piso, pues ello, sobre no ser cosa frecuente en Madrid, resultaba imposible por la poca holgura de la escalera, por la cual, al ir vestido de invierno y con abrigo, había que subir de lado si no se quería quedar empotrado entre la baranda y el muro.

¡Ya estaba todo claro! Quiso él, al bajar del coche, vertiéndose en la acera, dar unos pasos por ésta, y vino a tierra con estrépito; entonces, habiendo acudido el sereno y abierto la puerta, notó que uno de los amigos le tomaba por debajo de los brazos, y otro le alzaba por las piernas en su tercio medio; sintióse ingrávido, suspenso en el éter, como si acabase de examinarse de Derecho canónico, y saboreó el placer de un balanceo, de un vaivén alado, que el farol del vigilante nocturno guiaba a lo alto de la escalera como una estrella de salvación.

No de otro modo deben subir las almas a los cielos, aunque con menos ropa y un poco más de presteza. La ascensión vino a terminar en un espacio mullido y acariciante que debía ser el colchón del propio lecho en que ahora iba recordando todo esto. Oyó cuchicheos; sintió cómo su cuerpo era empujado de un lado para otro, no con mucha suavidad, y que después de cada empujón, era una prenda de ropa la que se separaba de él. Después... ya no se enteró de más, hasta ahora mismo, que la voz suave de Conchita acababa de volverlo a la vida de la que había desertado por algunas horas.

En el pie izquierdo notó un peso extraño, como si un grillete se lo sujetase al lecho; llevó a él las manos y palpó; tenía puesta la bota que los amigos habían olvidado de extraerle.

Ramona Anabitarte, al quedarse viuda de un saxofon de la Banda municipal, lo primero que hizo fué procurar que a su esposo lo enterrasen bien echándole bastante tierra encima; realizado esto, y confeccionados los lutos, dedicó seis días a pensar en su porvenir. El saxofón al morir le había dejado unas tres o cuatro mil pesetillas, ganadas en doce años de soplar en entierros y en funciones de Iglesia, y un cuadro de inestimable valor, según él, que representaba la primera comunión de Federico Barbarroja, y que, según le habían asegurado personas peritas, era por lo menos un Van-Dyck de la primera época.

Con semejante lastre, y sola en medio de la vida, Ramona podía hacer tres cosas: solicitar un estanco, hacerse corista de zarzuela ó volverse a casar. No hay en la Historia ejemplo de una sola viuda que no haya hecho alguna de esas tres cosas; pero ella, para no descender de clase y por culto a la memoria del saxofón, no quiso cometer ninguno de esos tres delitos y... se dedicó a pupilera.

Con los muebles de su domicilio conyugal y dos camas de hierro, que tomó a plazos, instaló una casa de huéspedes en la plaza del Angel, a la que bautizó con el modesto título de *Pensión Majestyc*. Los precios, según rezaban unos anuncios impresos que repartió ella misma una mañana por la calle de Carretas, estaban al alcance de todas las fortunas; había la *chambre meublée*, con balcón a la plaza del Angel y opción a una toalla todas las semanas, que pagaba cuatro pesetas diarias; había la habitación interior, sin ventanas, propia por su obscuridad para revelar placas fotográficas o para cometer impunemente un asesinato, que sólo pagaba diez reales; y había—y esto era lo mejor, aunque el anuncio no decía nada de ello—

un hospedaje sumamente económico y confortable, última palabra de la industria hostelera, que era el preferido por los hombres que han vivido mucho, y que consistía en instalarse en la mejor habitación de la casa, comer a tres carrillos durante varios días, y al cabo de ellos marcharse sin pagar, y llevándose algunas naranjas en el bolsillo, si había habido ocasión.

Tuvo suerte la viuda; a los quince días de inaugurada la madriguera, ya tenía tres huéspedes estables: un acólito de la vecina iglesia de San Sebastián, un estudiante del preparatorio de Medicina, y el cajero de la Sociedad propietaria de los kioscos de necesidad que se alzan como templetes asirios en los rincones más europeos de Madrid.

Había además un muchacho, dependiente de uno de los almacenes de quincalla de Pontejos, que no iba más que a comer; es decir, iba con la intención de comer, pero la mayor parte de los días se quedaba con el proyecto; el infierno y los comedores de las casas de huéspedes están empedrados de buenas intenciones.

Doña Ramona, como la llamaban siempre sus huéspedes, estaba contenta del negocio; con sus productos, y a poco que los huéspedes volantes ayudasen, pensaba ella, a la vuelta de tres o cuatro años ampliarlo, tomando un piso entero en el palacio de Villahermosa para quitarles la parroquia al Ritz y al Palace.

Sólo que a ella le gustaba hacer las cosas bien; era una mujer de su tiempo, libre de prejuicios, y... un día en que Concha, la hija de una de sus amigas que tenía un puesto de flores junto a la iglesia de San Ildefonso, se presentó en su casa diciendo que su madre la había echado de la suya porque se había enterado de ciertos deslices, la tomó a su servicio como doncella, porque a doña Ramona, como a Schopenhauer, le gustaba cultivar la paradoja de cuando en cuando.

Concha era alta, morena, con ojos vivos y urbanizaciones en el ensanche de pechos y caderas; mujer resuelta, y sobre todo y por encima de todo, con un aire de incitación al vals en la cara, que al mirársela se acordaba uno enseguida de lo bre-

ve que es la vida y de lo dulce que es aprovecharla antes de que se nos acabe. La pupilera, al tomarla a su servicio, hizo con ella dos cosas que completaron su metamorfosis: vestirla de negro, con un delantal de peto blanco, y leerle la cartilla. Esto último, parecía ser el sino de la chica más tarde o más temprano.

—Mira, Conchita—le decía la primera noche que pasó en su casa—, ten presente que tú, más que a mi servicio, vas a estar al servicio de los huéspedes. Procura ser siempre muy amable con ellos, y no te importe si alguna vez se ponen un poco pesados; es gente joven y hay que complacerles.

—Descuide usted, señorita, que en lo que de mí dependa...

—Es que de ti depende casi todo. Al que llame a la puerta hay que ponerle cara risueña, y aunque esté la casa llena, no decir nunca a nadie que no hay habitación. ¡Pobrecillos! Después que han hecho el sacrificio de subir hasta aquí ¿vamos a dejar que se marchen a la calle sin colocarse?

—¡Claro!

—Ya lo dice el Catecismo: «Dar posada al peregrino.» Y no dice «sólo cuando en la posada haya sitio para él.» Además, que tú no sabes lo que crecen las habitaciones de una casa cuando es necesario; donde parecía que uno solo iba a estar estrecho, se meten luego cinco o seis, y les viene muy ancho. Y, en último caso, cuando ya no quepa gente en ningún otro cuarto, que se metan en el tuyo o en el mío...

—¡Eso, eso!

—Después de nabernos salido nosotras, naturalmente. En ese terreno no admito bromas; ante todo y sobre todo la Moral; mi casa es una casa decente.

Conchita bajaba los ojos resignada y confirmaba:

—¡Claro! ¡Claro! No faltaba más.

Zamudio llegó a la puerta de doña Ramona, como llegan al puerto más próximo los barcos con avería: de arribada forzosa. En la casa en que estaba había tenido un disgusto serio con la dueña, por haberse encontrado en el ragú un paquete de cincuenta, y se marchó a la calle despechado, diciendo, como los novios que riñen con la novia:

—En la primera casa que encuentre, aunque sea una sucursal del Infierno, allí me meto.

Vivía en la calle de la Cruz, y al seguir por la plaza del Ángel, vió un anuncio en un cartón que se balanceaba sobre el portal: «*Pensión Majestyc*: habitaciones al alcance de todas las fortunas.» Y subió; lo que no estaban era al alcance de la mano, pues hasta llegar a las alturas del cuarto piso, ya Zamudio notó que le había crecido la barba, y cuenta que al entrar acababa de afeitarse.

Abrióle la puerta Concha, y el joven quedó absorto en el dintel. ¡Resultato qué mujer! Por las trazas debía ser la dueña de la casa, pues no podía explicarse que donde quiera que aquella mujer entrase no se hiciese al punto la dueña.

Esto eran patronas, y no aquél cabo de zapadores con peinetas falsas que él acababa de dejar en la calle de la Cruz. Conchita condujo al recién llegado a presencia de doña Ramona, que por atenderla, dejó a medio fabricar unas croquetas de ave que estaba preparando para la comida de los huéspedes, con bicarbonato, salvao moyuelo y unos cupones vencidos de *El Imparcial*.

Cuando quería, la viuda de Anabitarte era simpática y hasta insinuante. Instaló a Zamudio en la mejor habitación de la casa; le cobró ocho días adelantados a razón—¡la eterna razón de la sinrazón!—de cuatro pesetas, y, al final, le dijo:

—Esta—por Concha—es la doncella de la casa; puede usted mandarle cuanto guste, y por las noches, si algo se le ocurre, no tiene más que golpear en este tabique; ella duerme en el cuarto de al lado y acudirá enseguida.

Total; que Zamudio, dispuesto como estaba a meterse en el Infierno, se había colado en el Paraíso con equipaje y todo. La suerte no es para quien la busca.

LA PRIMERA COMUNION DE FEDERICO BARBARROJA

Siendo, como era, después de Conchita, la joya mejor de la casa, ocupaba en el comedor el testero principal, sitio de honor en el que le daban guardia a derecha e izquierda una oleografía del asesinato de Prim y un retrato de Anselmi recortado de algún periódico ilustrado.

El comedor era una pieza clara, alegre, con un balcón a la plaza del Angel, y en el cual se hubiera comido muy bien si la dueña de la casa no fuese una acérrima partidaria de la templanza. La mesa, adornada siempre, aun a las horas de las comidas, con un hule blanco, era alargada y capaz para diez cubiertos, aunque las personas que hubieran de utilizar esos cubiertos tuvieran que sentarse de perfil para no hacerlo unas encima de otras.

Completaban el *menaje* de la estancia, un trinchero desvenado, que parecía, por lo desconchado y torcido, haber sufrido un bombardeo, cinco sillas de madera y una lámpara eléctrica en el centro, suspendida como el estoque de Damocles, sobre las cabezas de los comensales. Por las paredes, y como humillados por la vecindad del Van-Dyck, había unos cuadros de comedor, que parecían colocados allí por la inquisitorial doña Ramona para hacer sufrir a sus huéspedes el suplicio de Tántalo.

En uno de ellos, una cabeza de jabali, con un tenedor clavado entre las dos orejas, dialogaba con dos faisanes, orlados de cachitos de mermelada. Una langosta grande y roja como un cardenal, hacía compañía a varias docenas de ostras, entre las cuales se alzaba la mitad de un limón, dorado y lustroso como una condecoración; al fondo, unas botellas de Champagne y otras de Chianti, daban el tono orgiástico al conjunto. Y en otros lienzos, eran los salmones partidos por gala en dos, los

trozos de jamón y de amortizable. los chorizos de Pamplona, los plátanos, las uvas gigantes y doradas como las que trajeron los exploradores de los israelitas de la tierra de promisión.

Los huéspedes de doña Ramona, mientras devoraban las judías, en comandita unas con otras, o las albondiguillas de repollo, que eran el plato fuerte de la casa, miraban con ojos de enamorados aquellos lienzos, pero de enamorado que hubiera puesto su amor en algo imposible; y al mismo tiempo admiraban la prodigiosa imaginación de los artistas que habían pintado aquellos cuadros, llenándolos con unos objetos que acaso no existiesen en la realidad. Y si existían; si no eran el mito creado por una imaginación con fiebre, lo que sí era muy probable es que los autores de aquellos banquetes del pincel, vivieran y comieran en un antro como aquel de doña Ramona, y hubieran dado vida en el lienzo a aquéllo, para desquitarse de la realidad.

El Van-Dyck del testero principal era en cambio un encanto para los ojos y un consuelo para el espíritu. Su autor había echado en él el resto y era una maravilla de tono y de color; arrodillado en el centro sobre el escudo de su casa, estaba Barbarroja, que, como todo hombre culto sabe, no hizo la primera comunión hasta los sesenta y cinco años, y, por tanto, al acercarse por primera vez a la Sagrada Mesa, tenía toda la barba blanca, y si le seguían llamando Barbarroja, era por lo mismo que aun se le llama bizarro general a uno de noventa años, por rutina.

El obispo de Avignon, — *nee* Simón Rascapelli — que antes de vestir los hábitos sacerdotales había sido capatáz de los obreros que construyeron el puente de Mantúa, se disponía a administrar el Pan Divino a su amigo Federico, a quien conocía desde antes de nacer y con quien había cometido *ensemble* más de un asesinato. El fondo del cuadro lo constituían una mole gris de la que emergían varias cabezas de ángeles y una especie de coro de guerreros armados de todas armas, que aguardaban, murmurando entre sí, a que su amo terminase el piadoso acto para darle un sablazo colectivo, pues llevaban ya tres meses sin cobrar su soldada.

¡Qué bien estaba expresado todo esto con la doble combinación del dibujo y del colorido! Indudablemente, Van-Dyck era un tío que manejaba el pincel con tanta maestría como Joselito la muleta o Pérez Casas la batuta. Las vestiduras del caudillo eran de fondo verde con cuadros amarillos y encarnados, y en la cabeza llevaba un turbante de percal escoeés, en el que se enremezclaban con raras irisaciones hasta diez y ocho colores distintos, destacando entre todos como motivo principal el azul bacteria. Los aviesos propósitos de los guerreros que se apiñaban al fondo del cuadro, estaban expresados por una especie de nimbo pardo que los envolvía, y en el rictus apretado de sus bocas, se veía que estaban hablando de dinero y que no habían comido en una temporada más que legumbres. La idea del sa- blazo brillaba por doquier en todo el cuadro, con un tinte acero sanguinolento que cubría los espacios de las figuras, y venía a concretarse a modo de síntesis trágica en la nube, que parecía avanzar, pasearse sobre la cabeza de Federico, como un tímido boceto de la otra nube que se le venía encima.

El cuadro, en época normal, tenía un metro de ancho por setenta centímetros de largo; y decimos en época normal, porque cuando el día estaba húmedo o el calor era excesivo, la tabla se dilataba, ampliaba sus contornos en todas direcciones, apareciendo unas grietas por toda ella, como pinceladas naturales y una de las cuales venía a partir en dos las narices del insigne guerrero, que así tajado, tenía cierto parecido con Moncayo, el prestigioso actor del Reina Victoria. Cambiaba el tiempo, volvía el barómetro a su posición normal, y la obra maestra recobraba su tranquilidad y Moncayo, tornaba a ser Barbarroja. Tan cierto era ello que los huéspedes de doña Ramona, al salir a la calle, para saber si habían de sacar paraguas, no tenían más que mirar la nariz del invicto caudillo de todas las leyendas.

Los jueves, a eso de las cinco de la tarde, cuando casi todos los huéspedes estaban fuera de casa, ocurría algo en el comedor que parecía la ceremonia de un culto extraño. Llegaba Conchita con un gran brazado de ropa blanca, que dejaba amontonada encima de la mesa; tomaba una silla, poníala al pie del

cuadro famoso, encaramábanse en ella, y con sumo neno procedía a descolgar la obra de arte como si temiese lastimarla al menor vaivén. Una vez descolgada, bajaba con ella de la silla, la volvía del revés haciendo que la pintura mirase al suelo, y apoyaba uno de los lados de la tabla, en el borde de la mesa; el lado opuesto lo hacía descansar en lo alto del respaldo de una silla colocada de antemano a conveniente distancia.

Así, de modo tan sencillo, la hermosa muchacha se construía una mesa provisional, sobre la cual iba extendiendo las prendas de ropa recién lavadas y las iba planchando con especial maestría. Sobre la tabla del dorso, caía la plancha con golpes acompasados, y así hasta las ocho de la noche en que era preciso deshacer el tinglado para servir la cena; el Van-Dyck volvía a su sitio después de haber aguantado en sus espaldas unos setecientos planchazos. Con el calor de la plancha, parecía como que sus colores se habían reanimado. Barbarroja tenía la cara encendida, como a los postres de una buena comida, y el coro de guerreros parecía un mifin de guindillas picantes a quienes un orador desahogado hubiese puesto rojas de vergüenza.





Zamudio estaba contento en la casa. Era él un poco excéptico respecto a la estancia en las casas de huéspedes, y creía que la mejor de todas era una miniatura del Purgatorio; por eso, sin pedir nunca a las cosas lo que no pueden dar — ¡arte supremo de la vida! — se encontraba relativamente a gusto en el fansterio de doña Ramona. Su habitación tenía un hermoso balcón a la plaza del Ángel, desde el cual se veían los transeuntes del tamaño de angulas enanas; la comida era de fácil digestión, tan fácil, que a la media hora de haber comido, ya no quedaban en el estómago más que unas ganas feroces de volverlo a hacer. ¿No era esa la virtud principal de las más afamadas aguas ferruginosas? Y los chinches de la cama, como amaestrados por una mano experta, guardaban cierto turno para sus molestias, y, de acuerdo con la virtud de la diligencia, redoblaban sus ataques, ahora ya en grandes masas y todos a una, cuando llegaba la hora de que Zamudio se levantase para las primeras clases. Así, lo que no hacía el amor al trabajo, lo hacían aquellos bichitos con su aguijón; el joven se tiraba de la cama para no dejar en ella el pellejo convertido en un colador.

¿Que mas podía pedirse? Quejarse hubiera sido injusto, y el reproche único que hubiera podido hacerse con apariencias de razón, el de la altura enorme del piso, lo pulverizaba doña Ramona con un argumento que, por lo original y concienzudo, parecía inventado por Perrín y Palacios:

—¿El medio de locomoción del porvenir — decía la ilustre *hotelier* — de un porvenir relativamente próximo, no hemos quedado que la aviación?... Pues viniendo a casa en aeroplano, es decir, bajando del cielo, el primer piso conque uno se tropieza,

es este. Un cuarto piso, no es más que un entresuelo de una casa a la que se le hubiera dado la vuelta.

Al decir y pensar esto último la simpática dama, revelaba una altura mental a cuyo lado la de sus habitaciones era la habitual de una alcantarilla.

La mañana siguiente a la noche de borrasca de Zamudio, diéronle a éste las doce en la cama; Conchita, obediente con lo que se le había encargado, golpeó de nuevo la puerta de la habitación del estudiante, cuando ya hacía buen rato que el padre Sol había descendido del trono de su zénit.

Vistióse de mala gana, con flojedad de piernas y la cabeza abombada, y cuando salió al comedor para el almuerzo, sentóse a la mesa como quien se sienta en el banquillo de los acusados. Por un movimiento instintivo, apartó de su lado y casi de su vista, una de las dos botellas que había en medio de la mesa, llenas de una tintura rojiza a la que doña Ramona bautizaba con un mote muy gracioso y original: la llamaba, vino de Valdepeñas.

En la mesa estaban ya todos: el acoito, el hortera, el estudiante de Medicina y el cajero. Había también una cara nueva que Zamudio examinó con esa inevitable hostilidad con que la mayoría de los hombres acogen siempre las novedades.

Era un sujeto alto, seco, con barbita puntiaguda y ojos espantados, tipo intermedio entre el delegado de Hacienda jubilado y el prestidigitador sin contrata. El hombre estaba allí como gallina en corral ajeno, y, por una atención que la dueña de la casa guardaba siempre al huésped recién llegado, ocupaba la presidencia de la mesa debajo del cuadro de Van-Dyck. El sitio, a cambio del honor, recogía todo el aire colado que entraba por el pasillo de la cocina, y a más, cuando el ocupante pretendía apoderarse del frutero de los postres, que se ponía en el centro de la mesa, había de echarse con medio cuerpo sobre ésta, cual si fuera a hacer gimnasia.

En la mesa, hoy como domingo, se discutía la existencia de Dios y el final probable de la guerra; las opiniones estaban divididas: el cajero y el hortera eran partidarios decididos del

Kaiser, y el acólito y el futuro médico, eran aliadófilos. Quedaba Zamudio, que al principio era neutral, pero que se declaró bulgarófilo, desde un día en que doña Ramona, sin duda, en un raptó de demencia, les sirvió unas patatas a la búlgara con las que había algunos trozos de carne.

Respecto al recién llegado, como aún no había dicho esta boca es mía, no podía saberse en qué bando militaba. Zamudio, que era un observador, quiso deducirlo del color de su corbata, procedimiento analítico que en ocasiones le había dado buen resultado, pero en la presente, fallaba todo análisis, pues aquel señor llevaba una corbata de quince colores distintos, que parecía la vidriera de una catedral gótica.

La polémica se animaba cuando Conchita llegó con la fuente del cocido. El hortera, que los domingos era el más exaltado, gritaba:

—Pues yo creo que Alemania no para hasta que no se quede con Bayona.

—Y entonces vamos a estar aviados —, decía el acólito— vendrá el imperio de la reacción; y para ir a los toros tendremos que formar filas en la estatua de Espartero, y entrar en la plaza a toque de corneta.

—Ya verán ustedes—agregaba el futuro médico—cuando para ir al salón Chantecler tengan que pedir permiso al Capitán general de Madrid.

Y el cajero, con aquella suficiencia de hombre de negocios porque siempre hablaba hasta para pedir un tenedor, dijo a modo de resumen

—Alemania lo que quiere es quedarse con todo el imperio colonial e inglés, y con algunas calles de Oporto. No sean ustedes bobos; esta es una guerra comercial, la más comercial que ha habido en el mundo desde los tiempos de las Cruzadas, y el Kaiser, es el primer viajante de comercio de su nación.

Dicho esto, caía, tenedor en ristre, sobre una verdadera pirámide de garbanzos que la tolerancia de Conchita le había dejado construir en su plato. El hortera se frotaba las manos de gusto al ver comparar a Guillermo II con uno de aquellos viajeros,

riojanos y catalanes que visitaban la tienda de la calle de Ponrejos, dándoselas de pillines y dicharacheros, y que alguna vez se dejaban caer por aquél comedor de doña Ramona, con su aire feliz de Mercurios trashumantes. Y para remachar el clavo de su negociajo, pronunció estas palabras con la boca llena de cocido:

—Como que el comercio es la única fuerza verdad del mundo moderno. ¡Qué sería de los hombres si no existiera el comercio...!

Zamudio, que hasta entonces no había desplegado los labios, lo hizo para comentar:

—¡Evidente! ¿Qué sería del mundo si no se hubiesen inventado los retretes?... Todo hace falta.

Aquellos chicos hablaban de Alemania y de las altas naciones, como si fueran unas chicas del vecindario con las que hubiesen ido al *cine* en más de una ocasión. Las conocían a fondo. Era aquella la fiel expresión de unas mentalidades primitivas que se nutrían de frases hechas y lugares comunes, por imposibilidad de digerir cosas de más substancia. Y lo peor era que, aquella misma mentalidad de los huéspedes de Doña Ramona, era la usual entre el noventa por ciento de los ciudadanos y el noventa y nueve, de los políticos.

Zamudio, más atento a otras bajas realidades, procuraba siempre que Conchita se colocaba a su izquierda con las fuentes de la comida, rozar así como al desagaire sus manos con las de ella y hasta algunas veces entablar un diálogo entre su rodilla izquierda y las dos de la joven. La complacencia, algo pasiva aunque la muchacha toleraba todo aquello, era para el estudiante fuente inextinguible de placer, tanto más, cuanto que, noches antes, como él intentase aprovecharse de la soledad de un pasillo para llegar con la chica a mayores extremos, dióle ésta tan tremendo bofetón, que doña Ramona, oyendo el ruido desde la cocina, preguntó si es que se había roto alguna fuente.

El huésped nuevo dió por fin señales de vida; miró a todos con altanería, tosió dos veces, y, atusándose los bigotes, dijo con aire papal:

—Senores; veo que están usieues completamente despistados. El secreto de la guerra lo tengo yo ahí en mi cuarto, guardado en mi maleta; yo vengo ahora de Roma, donde acabo de presentar a Su Santidad un específico para el cabello. La guerra podría acabarse ahora mismo, si yo quisiera, pero a mí no me conviene que se acabe, porque con la guerra pienso ganar muchos millones.

Los huéspedes se miraron absortos: ¿qué decía aquel tío? Pero bien pronto se pusieron todos de acuerdo con una sola mirada; aquel tío era un chiflado, el loco que cae de vez en cuando por todas las casas de huéspedes, para regocijo de éstos y desesperación de la dueña, que nota cómo cada día le desaparece un tenedor de la mesa.

La comida terminó en paz, sin que el infeliz alienado volviese a abrir la boca más que para introducir en ella los alimentos. Los huéspedes fueron marchándose poco a poco, y llegó un momento en que quedaron solos en el comedor, Zamudio y el huésped nuevo; el muchacho decidió marcharse, no porque le diese miedo quedarse solo con aquel infeliz, sino porque temía que tomase la palabra y le llenase la cabeza de facecias.

Levantóse de la silla, pero ya el otro le había tomado la delantera; habíase puesto de pie, y al volverse para marchar a su habitación, quedó enfrontado con el cuadro de Van-Dyck.

Estuvo unos momentos absorto, y al cabo de ellos, dió un grito espantoso y se llevó las manos a la cabeza:

—¡Pero esto es asombroso! Y volviéndose a Zamudio, le preguntó—: ¿Sabe esta señora la fortuna que tiene en su casa?

El chico no supo al pronto qué contestar, pero viendo que el hombre se tranquilizaba un poco, le dijo:

—¡Anda, ya lo creo! Pregúnteselo y verá...

—Pero si este es el famoso cuadro de Van-Dyck, robado de Museo de Berlín a principios del siglo pasado, y por cuyo rescate ofrecen tres millones de marcos...

Zamudio notó presagios de vértigo; se rehizo pronto, y dijo con cierto tono zumbón:

—Y... ¿no se tratará de una copia?

Pero bien pronto se arrepintió de haberlo dicho; el loco le cruzó la cara con la más febril de sus miradas, y añadió en tono de profunda reconvención:

—¿Cree usted que yo puedo nunca confundir una copia con su original?

Estuvo a punto de pedirle perdón; pero el otro, desde la puerta del comedor, comenzó a llamar a grandes voces a la dueña de la casa. Cuando acudió la buena de doña Ramona, le soltó a boca de jarro el siguiente cañonazo:

—¿Quiere usted un millón de pesetas por esta tabla?

La ilustre dama, a quien molestaban mucho las bromas que los huéspedes le daban a propósito de aquella reliquia de su esposo, contestó algo amoscada:

—No, señora, el pelo a ese cuadro es como tomárselo a mi difunto marido.

—¿Qué habla usted de tomar el pelo? En serio, y muy en serio, le ofrezco un millón de pesetas por ese Van-Dyck. Veo que no sabe usted lo que tiene en su casa.

Doña Ramona miró a Zamudio, y éste, colocado a espaldas del perturbado, tuvo tiempo de guiñarle un ojo y llevarse un dedo a la sien, haciendo con él el movimiento peculiar de la barrera. Cayó en la cuenta la viuda, y modulando la más tierna de sus sonrisas dijo al huésped:

—Agradezco mucho sus ofrecimientos. Un millón...

—Sí, señora, un millón—dijo el otro, haciendo ademán de sacar la cartera.

—No, digo que un millón de gracias por su generosidad; pero mi marido, poco antes de morir, me dijo estas palabras, con las que sueño todas las noches: «Te dejo ese cuadro como si yo fuera una persona; sólo cuando materialmente no tengas que comer, debes deshacerte de él: antes, guárdate muy bien de hacerlo.»

El loco quedó atónito; miró en derredor, como si le faltase tierra bajo los pies, y dijo en tono funeral:

—Señora, es una verdadera lástima que yo esté usted muriendo de hambre.



Pasó un mes, y la villa y corte de Madrid acordó celebrar el segundo centenario del comienzo de las obras de la Gran Vía; el Ayuntamiento, de acuerdo con el gremio de fabricantes de percalina, organizó un programa de festejos, al lado del cual las fiestas de la coronación de la Reina Victoria de Inglaterra, fueron una novillada de invierno. En él figuraban dos o tres castillos de fuegos artificiales, un concurso de acreedores de la Hacienda pública, una *fiaccolata*, una cabalgata histórica, dos premios de belleza a las floristas de la Puerta del Sol y una cobranza general del impuesto de inquilinato, con todas las tretas y martingalas inventadas por los vecinos para no pagar; se daría además un objeto de arte, al inquilino que, además de no satisfacer el recibo correspondiente, le sacase algún dinero al agente recaudador contándole un cuento chino.

Media España se volcó sobre Madrid, atraída por tan espléndidas promesas; las compañías ferroviarias hicieron rebajas increíbles, y sacaron de los almacenes de astillas todo el material del año setenta y dos para dar abasto al traslado de viajeros que caían sobre la capital de España como una invasión.

Las calles estaban intransitables, sobre todo a ciertas horas del día, y hubo ciudadano, que para atravesar la Puerta del Sol, una tarde a las siete, tuvo que dar la vuelta por el ferrocarril de circunvalación y tomar después un piso amueblado en la calle del Arenal, hasta que se desahogara aquello un poquito.

Las fondas, hoteles y casas de huéspedes y de viajeros, pusieron el completo desde el primer día; el Ayuntamiento tuvo que instalar en la pradera del Corregidor unos barracones sistema Docker, para que en ellos se albergaran los forasteros que

no habían encontrado acomodo, y aun así hubo noche, en que, bajo los soportales de la Plaza Mayor, durmieron más de seis mil personas.

La *Pensión Majestyc*, ¡cómo no!, llenóse de gente a las dos horas de empezar a regir la baja; en los cuartos, ordinariamente ocupados por una sola persona, y a veces por ninguna, se colocaron cinco y seis. En la habitación del loco, que era una trinchera interior, que en pleno día recibía la luz de una caja de cerillas inglesas, con la cual se encendía una vela, albergáronse dos matrimonios de Béjar, cada uno con tres chicos, y las mamás respectivas, ¡embarazadas de catorce meses!—de siete cada una—. El pobre alienado dormía con la maleta debajo de la almohada, temeroso de que aquella gente, a media noche, le robase el secreto que había de acabar con la guerra europea.

Una tarde, hacía ya tres días que la casa estaba hinchada de huéspedes, encerróse doña Ramona con Zamudio en la cocina, y casi echándose a sus pies, le habló de esta guisa:

—¡Ay, don Zamudio! Usted que es el más decente de todos los huéspedes; usted, que es un caballero, es el único que puede sacarme del apuro.

Zamudio echó el paso atrás, cosa que por instinto hacía siempre que la dueña de la casa le pedía dinero

—Mire usted que yo hasta el día primero no puedo...

—¡Ay, no, hijo; si ahora no se trata de dinero!

—¿Pues de qué...?

—De que...—no se atrevía ni a decírselo—de que esos señores que duermen en su habitación de usted..

—Sí, los tratantes de ganado.

—Esos, esperan esta noche a un compañero, y me han dicho que si no puede quedarse aquí en casa, que se marchan ellos también. ¡Ya ve usted, don Zamudio, son siete!

—Dígamele usted a mí; cuando por la noche se ponen a roncar todos a una, más que tratantes de ganado, parecen el ganado mismo.

—Y ¿qué quiere usted de mí?

—Pues... que le deje usted su cama.

—¡Señora, por Dios! ¿No tiene otro sitio donde meterlo?

—¿Cuál?... en mi cama duermen dos, y en la de la chica tres; ella lleva dos noches durmiendo en la pila de la cocina, y yo otras tantas en la mesa del comedor.

—Pero hombre... ahora ya no son frías las noches. ¿Por qué no le hace la cama en uno de los balcones?

—¡Don Zamudio, por Dios! Mentira parece que me diga eso... ¿Es que no sabe que en los tres que tiene la casa hay tres huéspedes durmiendo desde que empezó este jaleo?

—Pero, ¿es verdad eso?

—¡Ya lo creo! ¿Dónde creía usted que dormían esos recién casados, que están ahora en plena luna de miel y que han tenido que acomodarse uno en cada balcón, a la luz de la otra luna? Así pasan ellos las noches maullando como dos gatos...

—Bueno. ¿Y en el otro balcón?

—Pues en ese se quedan el botijo y el sacerdote, ese que ha venido de Torrelaguna

—Bueno, bueno; por mi que no quede, doña Ramona. Que se meta en mi cama el tratante de ganados; no va a estar ocioso, pues ganado con el que tratar no ha de faltarle en cuanto los chinches se percaten de que es nuevo.

—¡Por Dios, don Zamudio, no diga usted eso! Me he gastado dos reales en polvos *insecticidas*, y no debe haber quedado un bichito de esos para contarlos.

—¡Caramba, pues ha podido usted ensayar antes el sistema!... Bueno, y ¿yo dónde me meto esta noche?

—No se preocupe de eso que yo lo arreglaré todo; cuando vuelva, después de cenar, le tendré preparada su cama. Y cuente usted con mi gratitud para todo lo que le quede de vida

No fué problema fácil encontrar un lecho para el heroico Zamudio. La patrona pasó un par de horas largas buscando por toda la casa, no sólo sitio donde colocarlo, sino material para construirlo; lo de menos sería tenderle un colchón en el suelo, pero ¿dónde estaba el colchón? Hacía ya tiempo que se

habían terminado, y la buena de doña Ramona, para hacer relativamente blandas las últimas camas, que se extendían por toda la casa como un campamento improvisado, había tenido que echar mano de sus ropas de novia y el traje de boda, los juegos de chambras y camisas, las docenas de medias y de pantalones de abrigo, servíanle de jergones en los lechos levemente cubiertos por manteles desprestigiados.

Había sin embargo que buscar un acomodo nocturno para el buen muchacho que tan generosamente había cedido su albergue; sentada en el comedor, apoyado un codo en la mesa y la cabeza descansando en la mano, la insigne dama en postura de pensadora, se devanaba los sesos buscando una solución. Ya eran tres las desechadas por absurdas; al principio pensó acostarlo encima del trinchero, pero ello tenía el peligro de que podía rodar al suelo a media noche y despertar a los vecinos del piso de abajo; otra solución era hacerle una cama sobre unas cuerdas pendientes del techo, pero se corría el riesgo de que el techo, que no debía estar para muchas bromas, se viniese al suelo a media noche, y en tal caso no sería sólo Zamudio el que perdiese; también cabía darle al chico una peseta y que se fuese a dormir a la Posada del Peine, pero esto lo rechazó indignada la conciencia de doña Ramona, como una insensata villanía, a más de que buena estaría a aquellas horas la Posada del Peine, donde, según sus noticias, habían tenido que colocar camas hasta en las cornisas.

Fijamente, con obsesión de alucinada, la patrona quedóse mirando algo que había en el comedor; lanzó un grito de alegría y frotóse las manos. Sí, ya estaba. Y dijo casi en voz alta esa frase de triunfo que todos decimos cuando se nos acaba de ocurrir una tontería:

—Pero ¿cómo no se me habrá ocurrido antes?

Llegó Zamudio para cenar y preguntóle a la dueña con cierta inquietud:

—¿Qué? ¿Dónde me acuesto yo esta noche? ¿Ha encontrado usted?..

Por la satisfacción que se pintó en el rostro de la dama,

comprendió él, antes de que la formulase, que la respuesta iba a ser satisfactoria:

—Sí, señor, pero no se lo digo hasta luego; es una sorpresa que quiero darle.

—Con tal de que la sorpresa sea agradable...

—Lo será. Cuando vuelva usted luego, yo estaré levantada le enseñaré *su dormitorio*

Cenaron los huéspedes en tres tandas, pues no daba la mesa más de sí, y cuando unos se fueron a la calle y otros se retiraron al cobijo de sus habitaciones, doña Ramona entró con Conchita en el comedor, cerró todas las puertas, y encaramóse en una silla puesta al pie del Van-Dyck; descolgó éste con todo amor y se lo dió a la doncella que estaba esperándolo en el suelo.

Fué un acto conmovedor; sobre cuatro sillas quedó tendida la tabla gloriosa que tanta falta estaba haciendo en el Museo de Berlín para completar la colección. El dibujo maravilloso del genial flamenco, quedó hacia abajo mirando al suelo, y sobre su revés se colocaron unos paños de cocina y algunos trapajos para rellenar. Con una almohada, y un visillo de los balcones, a modo de sábana, quedó formado un lecho en el que podría reposar la misma Cleopatra, que como es sabido, no era para el reposo para lo que más usaba los lechos.

Cuando Zamudio volvió a eso de las once, quedó absorto y maravillado; doña Ramona era, por lo visto, una artista para la que no había dificultades en eso de alojar ejércitos. Cuando todo parecía agotado; cuando no había sitio ni material para construir un catre, ella lo hacía brotar de la nada como Dios hizo con esta esperta de insulseces que llamamos nundo.

Alzó el muchacho la vista a la pared del comedor buscando un gancho donde colgar la ropa, y vió vacío el sitio de Van-Dyck. Se alarmó un tanto, y deteniendo a doña Ramona que ya se disponía a salir de la habitación, le preguntó:

—Doña Ramona, ¿qué ha hecho usted con el cuadro?

Ella se echó a reír, y el chico se alarmó aún más.

—¿De qué se rie usted?... A lo mejor se ha dejado enganar por alguno, y...

—Sí; por usted.

—¿Qué dice?

Y la patrona, sin dejar de reir, señaló a la cama que acababa de improvisar. El joven la miró también; abrió las ropas por uno de los extremos, y... ahora fué él el que soltó la carcajada.

—Es usted diabólica, señora; pero, en fin, con tal de que este tablado tenga resistencia...

—¡Ah, por eso puede usted estar tranquilo! Lo he probado yo misma echándome encima.

Aquello, aunque parecía que lo había hecho doña Ramona, era obra del mismísimo demonio, que a veces se complace en tentar a los hombres, resolviéndoles de plano todas las dificultades que se oponen a la comisión del pecado.

Porque Zamudio, que hasta entonces había sido un hombre honrado, desde el día en que le oyó decir al loco que aquel cuadro valía tres millones, había dejado de serlo, al menos, con el pensamiento. Porque aquel tío estaba loco; ello era indudable; pero aparte de que, como dice el refrán, los niños y los locos son los que dicen las verdades, en lo que él decía podía haber un fondo de verdad, descontada la exageración.

Tres millones no, pero unos miles de pesetas ¿no podría valer aquel lienzo manchado? El marido se lo había dejado a la mujer como una reliquia que podría sacarla de apuros al llegar una ocasión trágica; ¿es que el marido también estaba loco? Y si así era, ¿no podría él encontrar otro loco que diera por el cuadro lo suficiente para gozar de la vida una temporada?

Que aquello era incurrir de lleno en los rigores del Código penal, se lo sabía él de memoria; pero también estaba seguro de que si hubiera habido en lo humano un medio de dar el golpe sin dejar rastros, lo daría por encima del Código y aun del Himalaya.

Y he aquí que de repente el medio se le presentaba solo; la tentación era demasiado fuerte. Con estas ideas metióse en la

cama—si me admitis el vocablo—, y al estirarse en ella, quedándole medio cuerpo fuera, y pensar en la obra de arte que estaba aplastando con sus riñones, experimentó el mismo efecto de profanación que si se hubiese liado en un tapiz de los Gobelinos para no coger frío, al salir del baño.

Presumía que no iba a dormir bien. Como el cuadro no tenía más que un metro de ancho, y él alcanzaba muy cerca del metro y medio de altura, quedábanle por abajo las piernas colgando como reses muertas en una batida. Veía ahora la ventaja indudable de los cuadros grandes, de esos lienzos kilométricos en que aparecen grandes batallas o fiestas suntuosas, y en los que el pintor, para acabarlos, tiene que montar un andamio, y para ver la perspectiva, ha de marcharse fuera de casa.

Dormía doña Ramona sobre la mesa del comedor, es decir, a dos pasos del improvisado lecho de Zamudio, desde que la invasión se había metido por las puertas de la casa; el golpe parecía atrevido, pero el chico estuvo dudando si cometer el robo ahora que estaba solo en la habitación, pues la patrona andaba por la cocina y no se acostaba hasta muy tarde, ó dejarlo para las horas del amanecer, cuando ella, gran madrugadora, se hubiese echado ya del lecho.

Optó por esto último, y con ello, a más de quitar al delito la agravante de nocturnidad, se libraba de ir vagando toda la noche por esas calles y con la tabla auestas, expuesto a inspirar sospechas. Aunque, si venían mal dadas, él siempre podría decir que lo que había robado era un catre, y esa clase de delito no es de los que el Código castiga con más rigor.

Decidido a ello, pensó en dormirse; haciéndolo estaba, cuando le asaltó de nuevo la duda cruel: ¿Valdría el trasto la pena de que un hombre honrado se extraviase por él? El que fuese, como positivamente lo era, un adefesio de los magnos, no quería decir nada. Sobre que él no era crítico de arte para discernir la belleza de la obra; pinturas había, y muy famosas, que mirándolas con ojos vulgares, parecían blasfemias o el anuncio de una trapería. Acaso su fealdad fuese una prueba más de su mérito. Ciertamente que a Barbarroja le salió la patilla de detrás de

las orejas como si se las hubiese puesto postizas, y, no menos cierto, que había en todo él un alarde de incorrección, que le hacía parecer obra de un guasón que, además, estuviera borracho. Pero, ¿acaso los primitivos de la escuela veneciana no parecían salidos de las manos de un niño travieso que hubiese querido adornar las paredes de un retrete?

Poco a poco fué dejando de pensar, y quedóse, al fin, profundamente dormido encima de Federico Barbarroja, cosa de que, por lo irreverente, nunca se hubiera creído capaz.

Despertó cuando acababa de hacerse de día, y una luz blanquecina se filtraba por el balcón. Escuchó, y al no oír el solo de trompa que formaba la respiración de doña Ramona, durante el sueño, dedujo que ésta ya se habría levantado. En efecto, sonaba ruido de cacharros por allá, por la cocina... Este era el momento; o ahora o nunca.

Levantóse de un salto, vistióse muy deprisa, y se ocupó en deshacer la cama donde tan breves horas acababa de pasar. Sacó de ella el cuadro y lo miró por última vez; a Barbarroja se le notaba también la mala noche, por más que él, con su seriedad imperturbable, hacía esfuerzos inauditos para disimularlo; uno de los palos de la silla le había estado haciendo presión en la frente toda la noche, y le había producido en ella una especie de bulto tumefacto, como la señal de un proyectil, que antes de perforarle el frontal, se hubiese detenido a tiempo. Ello le favorecía en vez de perjudicarle; el cuadro, con aquel chirlo, parecía haber ganado un siglo en antigüedad.

El toque estaba en ganar la puerta de la calle con aquello debajo del brazo, sin que la patrona ni Conchita se diese cuenta; la cosa no era muy difícil, con un poco de serenidad, pues el pasillo que llevaba a la escalera, caía algo lejos de la cocina y la puerta no hacía ruido al abrirse. Zamudio lió la gloriosa tabla en el visillo que a él le había servido de sábana, y salió al corredor andando de puntillas; el modesto equipaje que había traído a la casa, lo dejaba allí abandonado, pues con la fortuna que él llevaba debajo del brazo, hubiera sido mezquino fijarse en aquéllo.

La travesía del pasillo la hizo sin novedad, y cuando llegaba a la puerta, sintió pasos que le dejaron la sangre helada; ya estaba pensando la excusa que iba a dar para explicar la salida; diría que llevaba el trasto a componer, porque el marco se le había estropeado un poco... Pero no le hizo falta mentir; o lo de los pasos había sido una falsa alarma o se habían detenido a la mitad del camino. Hizo un último esfuerzo, abrió el pestillo, cedió la puerta, y encontróse en la escalera, que a aquellas horas estaba medio a oscuras

Cuando llegó al portal, acababa la portera de abrir y había vuelto a meterse en su tugurio; vió en ello el joven la complicidad de la Providencia en su acción, y al verse en la calle, respiró con ansia el airecillo de la mañana y apretó el paso, por lo que pudiera ocurrir.

La mayor parte de las tiendas de antigüedades de la calle del Prado estaban aún cerradas, pero a la derecha había una con la puerta entreabierta, y en ella se coló Zamudio.

No había nadie en su interior; dió los buenos días tres veces y su cortés saludo, cayó en el vacío. Una armadura que se alzaba en un rincón, entre dos vitrinas, le miraba con los ojos vacíos de su casco, como aconsejándole que no malgastase la cortesía. Sin ruido, como una sombra que se animase, surgió del fondo un viejecito con lentes, un gorro de esos que ya sólo se ven en los sainetes y un pañuelo arrollado al cuello con tantas vueltas, que parecía un turbante que le hubiese resbalado desde la cabeza hasta los hombros.

Si no fuese porque andaba y se frotaba las manos, se le hubiera tomado por una antigüedad más de las que había en la tienda. Sin contestar al saludo del joven, y como éste le alargase el Van-Dyck, indicándole lo que pretendía, cogiólo con ambas manos, y lo miró un segundo. Con gesto de resignación, como el que lamenta haber perdido su tiempo, se lo devolvió diciéndole:

—No me sirve.

Zamudio quedó anonadado. Esperaba la oferta mezquina del logrero, el reateo inevitable que parece ser la salsa de es-

los fratos de Arrie; pero aquella repùlsa, aquella sentencia de condenación inapelable, como si lo que le hubiera ofrecido fuese una guitarra sin cuerdas o una silla sin asiento, le pareció un rasgo de locura. Aún insistió:

—Pero... ¿es que no es auténtico?

El viejo le miró y hasta pareció que iba a reírse; pero sin duda le pareció que ni eso debía hacer, y limitóse a repetir en el mismo tono de antes:

—A mí no me sirve.

Zamudio salió de la tienda, diciendo casi en alta voz:

—¡Este tío es un imbécil!

En el breve tiempo que había perdido allí, se había abierto otra de las tiendas de la calle; aquí era una señora muy fina y redicha, con el cabello entrecano y cuidadosamente peinado, la que le acogió con una sonrisa. Animado el muchacho, tiró del visillo que había medio colocado al devolverle el cuadro el viejo, y ofreció aquél a la simpática dama.

Mirólo ésta con más calma, como persona prudente que no acostumbra a juzgar las cosas por una primera impresión, dióle varias vueltas, lo sacó afuera, más a la luz...; se veía que aquella señora tenía sentido común, y quería apreciar en sus justos quilates, la magna obra. Una joya de estas no puede tener nunca precio fijo, y, sin duda, la dama meditaba su oferta mientras hacía como que examinaba el cuadro en todas direcciones.

Zamudio tenía la impaciencia sagrada del que ve que a su vista le están extendiendo un cheque de importancia, pero no sabe a punto fijo la cantidad. La señora suavizó aún más su sonrisa, para decirle:

—Estas cosas nosotros no las tomamos.

El joven no supo si enfurecerse o echarse a llorar.

—Pero... ¿no es un Van-Dyck?

Miróle ella con extrañeza, y trocando ya en puras mieles la sonrisa de sus labios, añadió:

—¡No, por Dios! Esto en el Rastro es donde se lo tomarán a usted.

Encontróse de nuevo en la calle con el irasfo a cuestas y casi perdida toda esperanza. Al cruzar la plaza de Santa Ana, unas modistas bastante agraciadas que iban a su trabajo, le dijeron, al ver que por poco les mete en el estómago una de las puntas del cuadro:

— ¡Uy, el pollo, que se muda de casa! ¿Quiere usted un soguilla?

En rigor no sabía que hacer. Volver a casa de nuevo con la carga, era imposible; dedicarse a vagar con ella por las calles, ahora que ya se iban poblando de gente, era expuesto; en su casa debían haber notado ya su ausencia y ¡lo que era peor!, la del Van-Dyck. Además, el brazo se le cansaba.

¿No habría dicho una tontería la señora de las antigüedades, al recomendarle que encaminase sus pasos al Rastro? El, al principio, había tomado el consejo como una ofensa, pero lo cierto fué que, acaso de un modo inconsciente, torció por la calle de San Sebastián, siguió por la de Atocha, bajó por Barrionuevo, y cuando quiso darse cuenta, ya estaba en la calle del Duque de Alba.

Llegar al héroe de Cascorro, era ya cuestión de poco; anduvo los pasos que le faltaban, y, por enmedio de los grupos que ya a aquella hora animaban la pintoresca ribera, vióse ante una tienda situada a mano derecha, sobre la que rezaba un letrero: «Se compra toda clase de objetos de arte.» Sin duda, para animar al vendedor, había colgados a la puerta unos cromos chillonos de santos y batallas, metidos en unos marcos que brillaban al sol como lingotes de oro.

Un hombre gordo y con unos bigotazos agresivos, fumaba un puro, sentado en el interior de la tienda; por toda ella había grandes filas de fracs, americanas y pantalones, cuidadosamente doblados; por lo visto esas prendas de vestir también las consideraban allí como objetos de arte. En el centro, y colgado del techo, había un enorme peso con platillos de madera, de esos que usan en los almacenes de patatas para pesar la mercancía.

Con cierta timidez, quitó Zamudio por tercera vez el sudario

que formaba el visillo sobre el cuadro; el hombre del puro, con perspicacia que le honraba, dijo:

—Esto, ¿qué quiere usted? ¿Venderlo?

—Sí, señor.

Tomó la joya con el mismo ademán con que hubiera cogido un cabrito desollado y la echó bruscamente sobre uno de los platillos del peso gigantesco.

El chico se alarmó y dijo en un grito:

—¿Qué va usted a hacer?

—Pesarlo. Yo estas cosas las compro al peso; es la manera de que no nos perjudiquemos, ni el comprador ni el vendedor.

Echó en el otro platillo unas pesas de madera y un trozo de plomo, y cuando la balanza estuvo en el fiel, se volvió para decir:

—Sesenta céntimos.

El muchacho no supo, al pronto, qué pensar; el desengaño había sido demasiado brutal. ¿Qué haría? De rechazar la oferta de aquel hombre, se veía otra vez correteando por las calles de Madrid, con el Van-Dyck a cuestas, como un reo a quien obligan á caminar llevando a pulso la cruz de sus remordimientos.

Aún quiso defenderse un poco:

—¿No puede usted correrse hasta la peseta?

—No, señor; pero para que no vaya usted cargado por ahí con este chisme, le daré hasta tres reales.

Zamudio no tuvo fuerzas más que para decir, con voz que parecía un sollozo:

—¡Sea!

Salió a la calle pensando el empleo que daría a aquellos setenta y cinco céntimos; por lo pronto, se tomaría un vermú en el bar Cascorro, y después..., Dios diría. Para una butaca en Novedades aquella noche, ya tenía.

Apurando el vermú, se le encendió la cara de vergüenza al pensar lo mal que se pagan en estos países latinos las obras de arte.



Pasaron cinco días, y el Ayuntamiento celebró la *fiaccolata*, que era uno de los números más atrayentes del programa de festejos.

Doña Ramona, que llevaba todo ese tiempo haciéndole la competencia a Calipso, echóse a la calle con Conchita aquella noche, para ver si se le aliviaba un poco el ánimo contemplando el festejo. Situáronse ambas en la esquina de La Equitativa, y a poco empezó el desfile de unos cuantos faroleros, vestidos con trajes de distintas épocas de nuestra Historia. Venían después las carrozas, verdadero derroche de percalina y cartón piedra, y entre ellas, una que muy justamente llamaba la atención del público: representaba «el Progreso, en el momento de ser torpedeado por un submarino alemán», y, entre otras alegorías de muy buen gusto, llevaba, a modo de frisos en la parte baja, cuatro frescos al óleo, representando otras tantas obras de arte famosas.

Al pasar el catafalco por delante de doña Ramona, ésta prorumpió en unos gritos espantosos:

— ¡Mi cuadro! ¡Mi cuadro!... ¡Me lo han robado!... ¡Mi Van-Dyck! ¡Ladrones!

En efecto; a uno de los costados de la carroza habían colo-

cado la fabia que Zamudio había vendido en el Rastro, por tres reales, unos días antes.....

.....

La cosa tuvo consecuencias trágicas: desde el día siguiente, doña Ramona empezó a dar a sus huéspedes unas comidas pantagruélicas, en que el plato más deleznable, eran los riñones *a la broche*. No cabía duda que se había vuelto loca

Maguina Delba

LA NOVELA TEATRAL

publicará MAÑANA DOMINGO la comedia en tres actos

CHARITO, "La Samaritana,"

original de

TORRES DEL ALAMO Y ASEÑO

10 céntimos.

Viena Reposteria Capellanes

Fiambres.—Chocolate y café Reina Victoria los mejores.—Jamón en dulce preparado por procedimiento exclusivo.—Cada 100 pesetas de compra en repostería, regalo de una cartilla de 5 pesetas de la Caja de Ahorros Postal. Pasteles, dulces, pastas y postres.

Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo, 19 San Bernardo, 88-Alarcón, 11-Génova, 25. Teléfonos: 1953-1937-1957-1905 y 1868.

GRAN FARMACIA
de la Viuda de G. López

PLAZA DE ISABEL II, 1

Acreditada especialmente en el
despacho de recetas.

Advertencia

Esta Administración no
vende números sueltos
Los lectores que tengan
incompletas sus coleccio-
nes, diríjase a nuestros
Corresponsales.

¡EUREKA!



Es el mejor calzado
Nicolás M. Rivero 11

Treinta años

A esta edad si no ha salido,
pronto saldrá la primera cana;
no debéis descuidaros usad en
seguida el agua La Flor de
Oro y evitaréis las canas, la
caspa y la caída del cabello,
conservándolo abundante y
hermoso como en la edad juve-
nil.—Se vende en las perfume-
rías y droguerías.

COMPañY

FOTOGRAFO

Fuencarral, 29,
Madrid

¡SU SALUD PELIGRA!

¿Quiere usted evitarse muchas enfermedades que puede adquirir por contaminación?
Fácilmente lo conseguirá si usa constantemente «ARSO».

¿Qué es "Arso"?

Pronto lo sabrá usted, pues en breve se pondrá a la venta e indudablemente será uno de los muchos compradores.

¡SU SALUD PELIGRA!

Fábrica de Corbatas

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañue-
los, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía.
Precio fijo.

Depilatorio VENUS En perfumerías y droguerías Frasco: 5 pesetas.



Desde que conozco
 el admirable dentifrico
Oxenthol es mi
 compañero inseparable

OXENTHOL, dentifrico admirable a base de oxigeno, bate el record de los articulos de su clase y es producto higienico de tocador.

de imprescindible necesidad, — de pureza absoluta, — de eficacia indudable, de efectos comprobados, — de indicación científica.

OXENTHOL halaga nuestro orgullo de fabricantes, no sólo por las razones expuestas, sino porque es el dentifrico más barato en la práctica, aunque el coste del

frasco (5 pesetas) parezca a primera vista excesivo.

En efecto, cada frasco contiene 150 gramos de producto, y unas gotas de **OXENTHOL** en un vaso de agua templada son suficientes para preparar el más delicioso enjuagatorio. Deseamos, señora, que para prueba compre un frasco, seguros de que desde entonces

USTED LO USARÁ

Creación de «Perfumeria Floralia»

Oficinas: Atocha, 14

Imprenta y Talleres de «La Novela Corta» Antonio Palomino, 1.—Madrid.